

XIV

CIUDADANOS:

Nosotros, obreros de progreso y de regeneracion, hemos logrado, despues de largos años de propaganda y de lucha, destruir todas las distinciones sociales que aquí en una República hacian irrisoria la igualdad ante la ley; hemos arrancado de la mano de ciertas castas poderosas, los privilegios y las riquezas que eran una arma de dominio y de opresion contra la mayoría débil y desgraciada; hemos abatido la frente de todos los soberbios, hasta

En la distribucion de premios que hizo el Presidente de la República Benito Juarez á los alumnos de las Escuelas de la Sociedad de Beneficencia para la instruccion y amparo de la niñez desvalida, en Enero de 1870.

ponerla al nivel de la vil multitud, y de este modo hemos creído poder levantar sobre el escombros de tantas grandezas caídas, un trono para el pueblo.

Pero ni fatigados debemos reposar creyendo nuestra obra completa, ni impacientes debemos entristecernos si no vemos enteramente realizado nuestro ideal.

¡Nuestra obra está imperfecta, nuestra tarea no está vencida sino á la mitad; nos falta mucho para creer llena la mision que nos ha encomendado la Providencia!

Han acabado los trabajos de la guerra; faltan todavía los trabajos de la paz. Aquellos destruyeron los obstáculos, estos deben construir el edificio del porvenir.

El pueblo necesita instruirse; instruido será rey; ignorante, se hallaria siempre bajo una vergonzosa tutela, y aquellas castas privilegiadas bajo cuya férula ha gemido por tantos años, volverian á aparecer siempre dominadoras y tiránicas, aunque disfrazadas con nuevos títulos y con nuevo carácter.

Y es que nosotros no hemos podido destruir una distincion que no estaba al alcance de nuestra mano, que las leyes solas no pueden

aniquilar, que la fuerza es impotente para echar por tierra, y cuya desaparicion es obra del tiempo y del trabajo. Esta distincion es la que existe entre las clases que se educan y las que permanecen en la ignorancia.

Mientras ella subsista, habrá siempre una aristocracia que dominará con todos los fueros de una casta privilegiada; habrá patricios, como en las repúblicas oligárquicas, que harán un patrimonio de los cargos de la administracion; habrá especuladores que se enriquecerán con el sudor de los infelices, y habrá *sabios*, que mirándose en medio de un pueblo candoroso y falto de luz, harán de la ciencia un sacerdocio egipcio, reservando sus misterios para enriquecerse con ellos, haciendo un ridiculo trasunto de Moisés, de Numa y de Mahomet.

Las masas quedarán siempre apartadas del banquete de la soberanía, y gemirán bajo el yugo del libro, como han gemido en otro tiempo bajo el yugo del fanatismo religioso ó del poder militar. Así es que esta distincion, ciudadano, debe desaparecer, só pena de que todas nuestras conquistas queden infructuosas y allanen el camino á una nueva tiranía.

Triste es hoy el cuadro que presenta la República mexicana desde el punto de vista de la instrucción pública. Un corto número de habitantes disfruta del beneficio de la enseñanza. La raza indígena tan inteligente, tan laboriosa, y que sobre todo forma la mayoría de la nación, se halla en la más crasa ignorancia, y se aísla de las demás razas, no teniendo por ahora más porvenir que la consunción rápida á que la condena nuestro abandono. La masa de las razas mixtas que hablan el idioma español, ya lo sabemos, permanece en la servidumbre de la miseria; y llena de aspiraciones, pero falta de elementos, se ve obligada á pedir muchas veces al vicio los consuelos y los goces que no encuentra en un trabajo tan ímprobo como estéril.

Cuando el hombre pensador contempla esto; cuando vuelve sus ojos al pasado y descubre allí todos los elementos de la felicidad pública malogrados por los hombres que ocuparon los primeros puestos en la nación, no puede menos que preguntarse:

¿Qué clase de hombres fueron estos que no han dejado una huella de beneficencia, de progreso y de luz en su pobre patria?

¿Qué idea se habían formado de la honra que les hacia un pueblo generoso, elevándolos al poder?

¿En que han empleado los tesoros inmensos que han salido de estas mismas turbas desdichadas á quienes no han legado más que las cadenas de la pobreza y de la humillación?

¡Vergüenza da decirlo! Han dejado huellas de sangre y de exterminio, tradiciones de inmoralidad y de tiranía; pero ningún monumento de verdadera grandeza, ningún monumento de esos que hacen arrodillarse á un pueblo entero lleno de gratitud, de esos que forman como un altar inmenso consagrado al Dios de los pueblos libres, de esos que han colocado en el cielo de los padres de la humanidad á Washington y á Franklin, á Bartolomé de las Casas y á Abraham Lincoln, y que hoy hacen de Estéban Girard y de Jorge Peabody hombres más admirados aún que los conquistadores y que los sabios.

La propagación de la enseñanza pública entre el pueblo podía haber dado, á más de un hombre de Estado mexicano, una corona de inmortalidad que no estaría ni manchada por

la sangre ni ajada por el aliento de las pasiones políticas. Pero ningun hombre de Estado ha querido ceñírsela á su frente, y ha preferido ir á recogerla entre el fango de las guerras civiles ó entre las estériles disputas de las Universidades; y estas coronas que el pueblo no habia ofrecido con lágrimas de ternura y de agradecimiento, la historia se ha apresurado á arrojarlas de la tumba de esos hombres, haciendo que las convirtiese en polvo el viento de la indiferencia popular.

Un hombre solo; pero no un hombre de Estado, sino un hijo humilde de ese mismo pueblo despreciado, y sin ventura, un hombre á quien Jesus habria escogido para hacerlo su discípulo, á quien Vicente de Paul y John Brown habrian llamado hermano; á quien Las Casas, y Pedro de Gante en México, y Pestalozzi y Frœbel en Suiza, habrian asociado á su grande obra, y á quien el padre de México, el inmortal Hidalgo, habria bendecido con todo el entusiasmo de su corazon; Vidal Alcocer, ciudadano, Vidal Alcocer fué el que quiso adornar su cabeza encanecida con esa guirnalda inmarcesible que teje la caridad con flores de cielo. Él protegió á la niñez desva-

lida, y él se encargó, mientras los sátrapas turbulentos se mataban, disputándose el poder y esquilmando al pueblo, de distribuir entre las clases menesterosas el pan de la instruccion.

Y Vidal Alcocer no era ni un poderoso de la tierra, ni un sabio, ni un ambicioso político; era un hombre pobre, desvalido tambien, y que no contaba para su mision caritativa, sino con su energía y con su amor inmenso á la humanidad. Así son todos los redentores, todos los apóstoles de lo grande y de lo bueno, todos los que traen al mundo la mision de proteger á los desgraciados.

Y como Cristo, y como Las Casas, y como Vicente de Paul y como John Brown, y como Hidalgo, este ardiente propagandista de la enseñanza, no fué á predicarla á los hijos de los próceres, entre los cuales habria sido un parásito; no fué á difundirla entre los niños de las clases acomodadas, lo cual por fácil no habria tenido gran mérito, sino que fué á buscar á sus protegidos en las chozas de los miserables, en los tugurios de los artesanos, en todos esos antros oscuros y tristes en que esconden los proletarios su miseria, y adonde los arroja la indiferencia social.

¡Allí fué Alcocer, y allí encontró á esos pequeños párias de México, cubiertos de harapos, cuyo porvenir es la barbárie en medio de una ciudad populosa, la proscripcion de los goces sociales y aun de los fueros de la ciudadanía; para quienes la moral iba á ser una palabra vana, el amor un cáliz de amargura, la familia una carga, la igualdad una ironía, el robo el solo medio de goce, la religion un consuelo incomprendible, y el patíbulo un descanso...!

¡Aquel hombre sublime los arrancó de esta situacion abyecta, sopló en sus frentes envilecidas y enfermas la palabra misteriosa de la enseñanza, y los cambió de ilotas en ciudadanos, redimiéndolos de la esclavitud, de la pereza y del desaliento, é infundiéndoles el amor al trabajo, y la conciencia de su dignidad, los convirtió de miserables en ricos, les abrió el camino del porvenir, les hizo entrever los dulces goces del hogar doméstico, el orgullo de la paternidad, y encendió en sus almas el santo fuego del patriotismo!

Esto es ser demócrata, esto es ser cristiano, esto es ser bueno. Aquellos que se envanecen de su opinion republicana, aquellos que creen haber hecho todo en favor del pueblo, comba-

tiendo en los campos de batalla, ó en las asambleas, ó sirviendo empleos públicos, ya pueden creer que su hoja de servicios está incompleta, si no cuentan en ella con una página en que consten los que han prestado á la instruccion del pueblo infeliz. Los gobernantes que aspiran á la inmortalidad y á la gratitud de sus conciudadanos, deben creer que ellas no se conquistan solo con los hechos del talento ó del valor, sino con los de la beneficencia en favor de las clases desgraciadas; y de estos, el mas grande, el mas glorioso, el mas imperecedero es el de proteger la enseñanza. Por lo demas, aquellos caudillos de un pueblo, que como Washington, no solo se proponen defender su autonomía, sino echar los cimientos de su grandeza futura, deben considerar ante todo, que no es en sus establecimientos militares donde se halla la fuerza de una República. La fuerza no está en las armas, la fuerza está aquí, en la instruccion de las clases pobres, en la ilustracion de esos niños que mañana serán ciudadanos que ejerzan con prudencia y acierto el derecho electoral, y que sean á su vez legisladores, jueces y tribunales.

La grandeza de los Estados-Unidos, hoy

imponente ante la Europa y el Mundo, y que será mayor cada día, más que en sus adelantos materiales, en el poder de su marina, en la riqueza de su tesoro y en la sabiduría de sus leyes, consiste en la instrucción de sus ciudadanos, que siendo igual, con insignificantes excepciones, les permite ser aptos à todos para el ejercicio de las funciones administrativas, y no consiente la elevacion de una clase ni de una persona, mas allá del nivel republicano.

De este modo su sistema se mantiene firme é incontrastable, y las libertades públicas no temen los amañes de la ambicion ni de la perfidia.

A asemejarnos á ese gran pueblo por medio de la instrucción popular, deben tender nuestros esfuerzos constantes. Desfallecer en este trabajo, es allanar el camino á la tiranía doméstica ó á la avidez de las naciones extranjeras.

¿Por qué, pues, si todos estamos convencidos de estas verdades, que mi humilde labio se ha visto obligado á repetir, no vemos aquí, á la cabeza de esta institucion benéfica y grandiosa, á todos los hombres afortunados de la

capital? ¿Por qué se desdeñan de amparar á los hijos de las clases proletarias con su dinero y con su prestigio? ¿Qué temen de su ilustracion y de su mejora? ¿Los avances de la doctrina social? Antes bien, deben recelarlo todo de la ignorancia y de la pereza. Quéjense los ricos de la frecuencia del robo, cáncer que devora sus fortunas, que hace languidecer el comercio, que deja yermos sus campos y que hace abandonar los preciosos metales que la tierra ofrece en sus venas. Pues bien: ese crimen no es hijo sino de la ignorancia. Instrúyase al pueblo, iníciase á los proletarios en los sagrados misterios de la enseñanza y del trabajo, y la moral y el saber harán lo que son impotentes para hacer la pena de muerte que desprecia el hombre desesperado, la prision donde el indigente espera hallar un pan seguro, y la ignominia social de que se burla el delincuente impune.

El pobre es bueno; ¿por qué, pues, limitarse á abrir cárceles para él, elevar patibulos para él y levantar sobre su cabeza el hacha del verdugo, y no abrir tambien escuelas para formar su corazon y su inteligencia, y para poner delante de sus ojos llenos de lágrimas

de desesperacion, al ángel del trabajo sonriéndole cariñoso y ofreciéndole el pan del honor que sustentará su cuerpo y dará virtud á su alma?

¿Por qué la sociedad no será madre tambien del pobre y no le abrirá sus brazos para estrecharlo amante y enternecida?

¿Por qué saltando sobre nuestras miserables divisiones de partido, no vienen tambien aquí á juntarse con nosotros, en esta mision de paz y de caridad, esos mexicanos á quienes la educacion ó sus preocupaciones hicieron enemigos nuestros; pero á quienes Dios hizo hermanos de todos los hombres? ¡Ojalá que este llamamiento no sea inútil!

Perdonad, señores, si en mi emocion he podido alargar este desaliñado discurso. Es que el espectáculo que estamos presenciando me conmueve profundamente, me hace pensar en la suerte del pueblo pobre, y me trae á la memoria los tristes dias de mi niñez. Yo tambien soy hijo de la beneficencia, yo tambien, nacido en la clase mas humilde y mas menesterosa, en la clase indígena, he debido mi instruccion primaria á la beneficencia de mi pueblo, y la instruccion secundaria á la beneficencia del

gobierno liberal y á la de un digno y noble español á quien no pudo recordar sin la mas tierna gratitud.

Conste en esta fiesta de la caridad pública, esta confesion mia que no es inoportuna, porque servirá de ejemplo á los niños para que en todo tiempo sepan recononer lo que deben á sus bienhechores, y para alentar á estos, porque verán que hay almas que guardan como en un santuario la memoria de los beneficios que recibieron.

Vosotros, ¡oh niños! dulces promesas del porvenir, seguid constantes en vuestras tareas, que ellas os harán felices; vuestros padres gimen tal vez en la miseria; pero vosotros los salvareis de ella y podreis llevar el consuelo á vuestra humilde casa, el alimento, la tranquilidad y la dicha, y quien sabe..... « tal vez llegueis á ser en vuestra patria grandes é ilustres ciudadanos. »